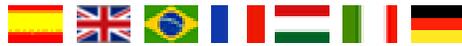


EVIDENCIA TESTIMONIAL GEORG GRODDECK. INDEPSI - ALSF.

“INGEBORG BACHMANN SOBRE GEORG GRODDECK”.



cuerpo, semiótica, mortalidad, lenguaje, alma 9 de noviembre de 2023



[Georg Groddeck]

Borrador

En el año 1933, el director de una clínica en Baden-Baden, el médico masajista Georg Groddeck, escribió una carta al nuevo Canciller del Reich solicitándole que pusiera fin a los acontecimientos sin precedentes que él observaba (cómo pudo observarlos mientras a tantos millones les resultaba imposible, sigue siendo un misterio). Algún tiempo después, amigos lo alertaron de que su carta aparentemente había llegado a su destinatario y a la Gestapo, y lo persuadieron para que huyera. En 1934 falleció en Suiza. En Alemania, sus libros fueron quemados en la hoguera, los cuales hoy vuelven a publicarse gracias a Limes Verlag, a quienes no se puede agradecer lo suficiente y a quienes se les solicita explícitamente completar esta edición.

Mientras tanto, su obra completa fue impresa en Inglaterra e influyó, entre otros, si estoy bien informado, en algunos escritores de la generación de Henry Miller, W. H. Auden, y finalmente Lawrence Durrell, quien escribió un ensayo para la edición alemana. El nombre de Durrell podría haber devuelto a Groddeck a la luz aquí, pero al parecer eso no sucedió, ya que incluso algunos extractos de críticas aún no prueban que los libros vivan, ni que el autor regrese a la memoria.

Es muy difícil escribir una crítica coherente sobre su personalidad sumamente compleja. Un brillante escritor, que también puede leerse después de completar unas cuantas clases de la escuela primaria, su prosa

es ingeniosa, trivial, grandiosa; hay pasajes donde, sin tener nunca arteriosclerosis, uno comienza a leer sobre ella, no debido a la enfermedad con este etiquetado, sino porque se convierte en un diálogo continuo entre el médico y el paciente o ex paciente o futuro paciente, ya que todos estábamos enfermos, todos lo somos, todos lo seremos, y aquí es donde descubrimos lo que nunca escucharíamos en una consulta. Es un compañero muy provocativo, muy cruel, muy tierno, y los testimonios que da de sus antiguos pacientes son realmente sorprendentes. Groddeck, quien continuó con el masaje y el psicoanálisis, independientemente de sus descubrimientos con Freud y su admiración ilimitada por el doctor vienés [...]. Que Groddeck mismo fuera un genio no pudo haberle pasado por la mente. Hoy en día se le podría considerar uno de los padres [...], o quizás el precursor más importante de la psicopatología. Pero eso aún no dice mucho. Sobre todo, cada uno debería llevar consigo, junto a sus gotas para la tos o su inyección, el viejo “Libro del Ello”. Pero cuando escuchas “lectura obligatoria”, ya te imaginas algo aburrido, y Groddeck nunca fue aburrido, doctrinario; se le ocurrían mil cosas, pero nunca perdía el hilo, ya sea que estuviera viendo un cuadro de Leonardo, contando una historia, o escribiendo cartas disfrazado de Patrick Trollope a su amiga imaginaria, cuyas cartas están en “El libro del Ello”, que será un clásico de este siglo..

(...) Groddeck era más preocupado que Freud, no necesitaba asegurar una reputación científica, es más débil como teórico, pero en un pensamiento tan audaz como el pensamiento principal, < ●● >.

Lo que Groddeck pensó no ha sido superado, ni siquiera por la medicina psicopatológica, que a menudo, ya desde su definición, ha recorrido un largo camino. Porque en este pensamiento principal, ningún progreso médico puede superarlo.

Las pocas tonterías que están en estos libros, que no se pueden oler ni sufrir, son solo el pequeño malestar que se siente hacia todo lo grande que no es perfecto. Pero Groddeck no solo no quiso ser perfecto, él tenía (para) todo lo que escribió, la gran risa de la insuficiencia [sic!]. Su propia, la de las personas, los escritores, a quienes interpretó de manera tan magnífica como Goethe o Ibsen, irreverente, porque era intrépido y nunca sin respeto. Las cartas a la amiga son lo más hermoso.

Siempre atrapado, siempre descubierto, nunca entrega a nadie, la mentira para él es un hecho como la vida, y también es indiferente si se le dice la verdad a un médico o no. Quizás los santos en este siglo han tenido que llevar este lenguaje, el de un payaso y el de un científico. Groddeck probablemente también preferiría hablar con los pájaros y los peces, pero no le quedó más remedio que malgastar su alegría y sabiduría en esta especie cómica y terrible del ser humano, con la cual él está de acuerdo, se ofreció como sujeto experimental, no para ser el último, sino el primero entre sus enfermos.

Consideró su bata blanca como una farsa y el ego del enfermo como una farsa. Entre estas dos desenmascaraciones, logró la mirada revolucionaria, la infantil, infantil primera a los fenómenos, que han existido desde siempre. Fue un soñador, un niño grande, fue un mentiroso maravilloso que ha encantado a sus maravillosos mentirosos.

Pero él fue el emperador Groddeck, como Peer Gynt fue el emperador en el que se descubrió a sí mismo, no solo en una obra de Ibsen, sino en una que escribió y que es igual de digna de leer. Y dijo la verdad en cada momento. Solo los mentirosos pueden hacer eso.

Entonces, ¿quién no escribiría estos libros en la receta? ¿Y quién no se los recetaría a sí mismo?

No necesariamente un médico puede escribir mejor porque puede pensar mejor que la mayoría, pero en este caso, sin duda es una coincidencia de escritura e investigación en un sentido antiguo que ahora ha adquirido uno nuevo. Porque mientras funcione con los satélites y todo siga su curso, aquí no se avanza mucho, y el ser humano es conocido por ser un ser oscuro. Nos quedamos con lo inexplorado. Eso, Groddeck diría. Que le sea permitido, como él lo entiende, él lo ha entendido bien.

Todavía nadie sabe qué son las psicosis, y todavía nadie sabe qué es un resfriado. En un tiempo tan medieval, es agradable poder ocuparse de uno de los primeros ilustradores. Sin saber mucho, uno se convierte en cómplice, porque sabe que no sabe nada, y tarde o temprano se ve obligado a pensar un poco

al respecto. Alguien escribió: Groddeck tenía algunos pacientes geniales. Debería haber médicos hoy en día que tengan pacientes geniales, porque no se puede curar a nadie, solo podemos avanzar juntos. De todos modos, no hay aquí médico y paciente, el sufrimiento, solo hay esta absurda simbiosis, sobre la cual Freud y, de paso, también Groddeck han dicho lo suficiente.

En este punto estaban de acuerdo. En una medicina burocratizada ya no es concebible, solo puede haber golpes de suerte que puedan decidir el camino a seguir. La revolución una vez más ha devorado a sus hijos. En el momento en que comenzamos a entender algo por primera vez, después de siglos de superstición y oscuridad, es también esta ciencia, que nos afecta a todos, está condenada a capitular. Con notas de enfermos, facturación, citas de diez minutos. Y hoy en día sabemos, sabemos un poco más. Incluso el Dr. X, que se apura y mide la presión arterial y detecta la frecuencia cardíaca, sabe que la medicina es algo diferente, pero no tiene tiempo para eso, no es una acusación, después de todo, debe atender al próximo ataque cardíaco. Y ha ganado 5 marcos, como mucho..

Y no hay ningún médico rural tan estúpido que no sepa, en parte, qué es estar enfermo. Los buenos médicos siempre lo han sabido, no siempre fueron los especialistas, muchas veces fueron los médicos de pueblo que conocían a sus pacientes y ni siquiera podían pronunciar la palabra “psicoanálisis”. Pero lo sabían.

La medicina, al igual que otras ciencias, ha dejado atrás sus primeras décadas grandiosas. Pero eso significa al mismo tiempo que está en sus inicios. Como el socialismo temprano, el cristianismo temprano, algo que comienza con “temprano”. Ahora, uno puede mantenerse al margen de muchas ciencias si es necesario. Uno tampoco entiende y no quiere entender por autoconservación. También los médicos, los desdichados, por autoconservación.

Groddeck no tuvo que ver con “enfermedades nerviosas”, que Freud seleccionó y clasificó y con la creación de la teoría de las neurosis y su análisis [—]; él era un médico común, trató con enfermedades comunes, con enfermos de pulmón y corazón, con reumatismos y rodillas, con fracturas y arteriosclerosis, con riñones e intestinos. Aprendió su oficio con el gran Schweninger, el médico personal de Bismarck, y se presume que aprendió mucho para su época.

Lo que ciertamente no pudo aprender fue preguntarse por qué estaban enfermos sus enfermos y qué era la enfermedad. ¿Por qué alguien tiene un resfriado, por qué alguien tiene sífilis, por qué alguien tiene problemas estomacales? ¿Qué significa eso, qué implica? Y una vez que se sabe qué significa, ¿cómo se trata? Y ¿cuál es el papel del enfermo en todo esto?

La primera y más audaz suposición de Groddeck resultó ser correcta: no hay enfermedad que no sea producida por el enfermo, ni siquiera una fractura de pierna, ni un cálculo renal. Es una producción, como una artística, y la enfermedad significa algo.

Quiere decir algo, lo dice a través de una forma específica de manifestarse, de progresar y desaparecer o terminar de manera fatal. Dice eso que el enfermo no entiende, aunque sea su propia expresión, y sin embargo se puede llevar al enfermo a entender qué es lo que quiere decir con eso (Groddeck no consideró necesario analizar en todos los casos o solo brevemente, pero a veces por mucho tiempo). Esto parece difícil para el enfermo, porque ¿cómo sabría él cómo llega a tener una gripe, sabiendo que hay microbios? Para Groddeck, eso es absurdo. No hay causa externa para las enfermedades. Para Groddeck, incluso una infección no es más que la búsqueda explícita del Ello, ya que él es quien acuñó la famosa frase, y Freud la tomó de él y la utilizó de otra manera (un capítulo aparte).

Este Ello, el inconsciente, es algo misterioso solo porque es la vida, porque es la naturaleza, ya que otro misterio sería rechazado por Groddeck, que fue erróneamente etiquetado por Durrell como filósofo o metafísico, un hombre que piensa tan claramente y puede explicar y hacer comprensibles los conceptos más complicados a un niño, no necesita misterios — solo establece algo de lo que no sabe, cuyos efectos solo él conoce, y para él, el Ello es una palabra auxiliar, no es una cosa en sí misma, sino que significa que hay algo que está ahí, más fuerte y mucho más fuerte que el Yo, porque el Yo ni siquiera puede intervenir voluntariamente en la respiración, la digestión, la circulación, el Yo es una máscara, la arrogancia con la

que todos nosotros caminamos, y somos gobernados por el Ello, el Ello hace eso, y habla a través de la enfermedad en símbolos. De nuevo, una palabra peligrosa. Para Groddeck, no. El símbolo y la cosa son uno. Una fractura de pierna no es el símbolo de algo, sino que la fractura de pierna es lo que se dice, y el enfermo a menudo puede decir espontáneamente por qué se rompió esa pierna.

Los métodos de Groddeck deben haber sonado divertidamente hace diez años. Hoy creo que algunos los valorarían de nuevo.

Debe haber sido un médico muy rudo, obsesionado con ayudar. Grosero con una reserva. Sabía por qué lo era. No acostaba a sus condenados a muerte en la cama para que se arrastraran durante días, los dejaba pasear al sol hasta el último segundo, tenía demasiado respeto por la vida, y con sus otros pacientes, los candidatos a la vida, a menudo se comportaba de manera bastante ruda, uno de sus pacientes y admiradores más famosos, el conde Keyserling, escribe al respecto: “Así sanaba a través de una combinación de psicoanálisis y masaje, en la que el dolor jugaba un papel no insignificante: de la reacción defensiva frente al dolor, surgía en sus pacientes — porque solo venían aquellos que eran afines a Groddeck — la voluntad de curación, y al mismo tiempo, siempre que había dolor agudo, se le ocurrían ideas útiles para la cura, a través de preguntas en forma de pautas.”

Este aparente comportamiento rudo se debió a su enorme intuición. Cuando se sabe qué hace que un enfermo esté enfermo, se puede ayudarlo, de una forma u otra. Groddeck mantuvo el masaje como método de por vida, no porque creyera en él, consideraba correcto cada método. Y consideraba correcto el análisis, al que llegó solo, independientemente de Freud, aunque más tarde siempre hacía referencia a Freud.

Lo que tenían en común era menos de lo que parece; era más bien la medicina, que necesitaba algunos grandes impulsos y esos genios. Si se ha pasado unos meses con un autor, peleado con él tantas veces, se ha hecho amigo de él, es difícil llegar a una conclusión razonable. Esta crítica no es una crítica. La crítica aún está por venir, también es necesaria. Es una indicación, una invitación, un deseo de compartir un autor con otros, a quien preferiríamos mantener para nosotros mismos, celosamente, y porque tenemos que liberarnos de un celo.

Ingeborg Bachmann, Werke 4

pag. 346-353

Bachmann, Ingeborg, Werke, (4 Bd.) Herausgegeben von Christine Koschel, Inge von Weidenbaum, Clemens Münster, München Zürich 2010, (Piper Verlag)



Publicado en:

<https://mystiekfilosofie.com/2023/11/09/ingeborg-bachmann-over-georg-groddeck/>

Volver a Evidencias Testimoniales Georg Groddeck

Volver a Newsletter 27-ALSF